

## *En el nombre del Padre*

Cuando era estudiante de psicoanálisis a fines de los años 70 y principios de los 80, experimentaba un frecuente malestar en el vaivén de acuerdos y desacuerdos que me suscitaban las ideas psicoanalíticas acerca de la condición femenina. En aquellos tiempos en Venezuela la discusión del tema no era demasiado bienvenida, y conducía casi siempre a una cierta destitución del problema. Las mujeres habían cambiado –era la más común respuesta en la que me parecía advertir una recóndita nostalgia–, pero las teorías no tanto. Esa manera displicente de deshacerse del asunto no lograba poner fin a mi incomodidad. Yo quería estar completamente de acuerdo con Freud, si era su fiel discípula, o completamente en desacuerdo, si era su apostata. En pocas palabras, continuaba viviendo la polarización Freud/Beauvoir, propia de la primera ola de los estudios feministas.

Decía Simone de Beauvoir que quien quisiera pensar acerca de la mujer debía por completo apartarse de Freud. En los años 60 Freud fue considerado como un legitimador del lugar de la mujer en el hogar, y de su sumisión pasiva al deseo social y sexual del hombre, de modo que no era posible entonces un diálogo entre el psicoanálisis y el feminismo. Dos décadas después ambas teorías comenzaron a coincidir a propósito de la libertad sexual y la diferencia de género para comprender la subordinación femenina en la sociedad patriarcal (Appignanesi y Forrester, 2002: 456, ss), de modo que las posteriores revisiones feministas de Freud no siguieron el radical consejo beauvoriano en cuanto al descarte sino, por el contrario, se concentraron en su deconstrucción y re teorización.

Roy Schafer (2001: 325) considera que “ahora podemos hacer preguntas y proponer respuestas basadas en la práctica contemporánea, nuestras relaciones con la realidad, la autoridad y el conocimiento –preguntas y respuestas que eran inconcebibles cien años atrás”. Toril Moi (1985: 184) señala que “las feministas no pueden ni rechazar la discusión teórica como ‘más allá de la polémica feminista’ ni olvidar el contexto ideológico de la teoría”.

También Shoshana Felman sugiere que:

... el verdadero reto que mantendrá en confrontación a las feministas que desean estar informadas –o inspiradas– por el psicoanálisis es cómo trabajar *con* el genio masculino de Freud, y no simplemente *contra* él, como la tradición feminista se sintió obligada a hacer en un principio (1993: 83) [énfasis del texto].

Me informo, pues, y me inspiro en la búsqueda de leer no en *contra*, desde una polarización irreconciliable, sino *con* la mirada de quien incluye otras proposiciones que llegan a distintas conclusiones. No me propongo de ningún modo una revisión exhaustiva de la extensa bibliografía producida por la academia feminista sobre el particular, ni tampoco una precisa elaboración de los campos semánticos en los que pueden localizarse los conceptos freudianos; mi interés es volver a Freud desde la perspectiva de enunciados alternos. Cumpló así una vieja intención que me estaba esperando desde entonces: acercarme a las ideas freudianas sobre la condición femenina con una apreciación más comprensiva del contexto en el que fueron producidas. En la sección “Las construcciones del género” me ocuparé de las teorías de Freud, Melanie Klein y Jacques Lacan acerca de la condición femenina, a través de la revisión y fusión de trabajos que pertenecen a diferentes momentos; entre los cuales se incluyen conferencias e intervenciones en distintos ámbitos<sup>1</sup>, así como la recopilación de artículos publicados en libros agotados (Torres, 1992; 1993). Inevitablemente algunas repeticiones se solapan en los diferentes capítulos. En la sección “Galería freudiana” se incluyen cuatro casos clínicos escritos entre 1892 y 1919; veremos así cómo hablaban Freud y sus pacientes mujeres. Son historiales utilizados para la formación de psicoanalistas y psicoterapeutas, así como objeto de estudio para la crítica académica por su alto valor polisémico. Steven Marcus (1985: 56, 76) considera que la razón por la cual el tiempo no los ha desgastado y continúan siendo fuente de innumerables relecturas es porque contienen una “cierta cualidad transhistórica”, propia de la literatura, que los mantiene a salvo del paso del tiempo. Particularmente el caso Dora lo aprecia como una extraordinaria pieza narrativa y un modo notable de construir la experiencia humana en la escritura, cuyo estilo compara con el de Proust y los escritores modernistas. Ciertamente, rompiendo con el esquema científico de los historiales médicos, Freud inauguró la modalidad de convertir los casos clínicos en historias de vida, que adquieren a veces características de “novelas de no ficción”. En tanto las estrategias narrativas utilizadas en cada uno de ellos difieren entre sí, su diversidad forma también parte del análisis y de la comprensión que podemos hacer del autor, no sólo en términos del momento de la teoría psicoanalítica en que fueron escritos sino de él mismo. Freud como escritor participa también como protagonista, y sus historiales son su propia historia.

---

<sup>1</sup> “La construcción del sujeto femenino” en la Maestría de Estudios Literarios de la Escuela de Letras (1998) y Escuela de Psicología (1999) de la Universidad Central de Venezuela. Curso “La teoría psicoanalítica de la mujer. Poniéndonos al día” con Doris Berlin en la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 2001-2002. “El imaginario femenino en cuatro enigmas”, VI Encuentro Anual de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 2001.

Las estrategias narrativas con que enfrenta la escritura de sus casos no son producto del azar o una simple variación estilista, sino modalidades de su contratransferencia (término que no existía entonces para designar el conjunto de reacciones conscientes e inconscientes del analista frente al analizado), y en ese sentido dicen mucho de lo que acontecía en el tratamiento y en él mismo. Al revisar los casos de Frau Cäcilie M, Elisabeth von R, Dora y la joven homosexual apreciamos la posición que ocupaba su contratransferencia en el complejo mundo de ideas, prejuicios y sentimientos que conformaban su aproximación a la feminidad, y destacaremos la modalidad discursiva con que fueron escritos como parte importante de su relación con ellas.

Por último, un apéndice dedicado a dos decimonónicas famosas, la una como personaje literario, Emma Bovary<sup>2</sup>; la otra como personaje histórico latinoamericano, Manuela Sáenz<sup>3</sup>. Sus vidas nada tuvieron que ver con Freud, pero ofrecen un amplio caudal de sugerencias para el análisis de la construcción del género femenino.

---

<sup>2</sup> En Torres, Ana Teresa (1993). *El amor como síntoma* (agotado).

<sup>3</sup> Conferencia dictada en la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, 1998.